

DIARIO DE UN TESTIGO

LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS

(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Del diario de un fugitivo.

El señor Sire-Jacob se hallaba en villegiatura en la linda aldea de Vresse-sur-Semois (Ardenas) con su esposa y su nieto Jorge, niño de ocho años, cuando la inesperada invasión de Bélgica lo dejó en la imposibilidad de regresar a Bruselas, donde habitualmente reside. Incomunicado en aquel pintoresco rincón, tuvo la feliz idea de anotar día por día lo que pasaba a su alrededor, las noticias que llegaban a sus oídos – falsas o verdaderas – y los incidentes de su propia vida de confinado. Estos apuntes forman un conjunto de verdadero interés, precisamente porque su minuciosidad no deja escapar nada, reflejan bien el estado de los espíritus y no desdennan siquiera las más grotescas invenciones que en aquella época corrieron.

El diario comienza el 4 de agosto, contándonos las primeras zozobras de la pequeña población en que la noticia de la guerra estalla como una bomba, provocando terrible indignación contra los alemanes, El hotelero Grandjean, burgomaestre de la comuna, el preceptor Loubet, el molinero Cognant y Sire-Jacob son los bien informados de la aldea, los comentaristas de los sucesos, y los que aconsejan a los habitantes

que se provean de víveres, pronosticándoles la escasez, que no había de tardar. Luego llega a Vresse el general francés Mangin anunciando el paso de una columna de socorro que acude a Lieja a marchas forzadas, y el burgomaestre hace tocar a rebato para requisar el alojamiento de tantos hombres. Una parte del 45° de línea se instala en Vresse, llegando de Charleville. La aldea presenta una animación extraordinaria, convertida así en campamento ; pero al día siguiente, de madrugada, los franceses se van y sobre ella pesan una soledad y un silencio mortales bajo el amenazante rumor de que los uhlanos se acercan ...

Desde el primer momento se raciona el pan, porque ya no llega harina de Bruselas ni de Lieja. Los alemanes deben haber cortado efectivamente las comunicaciones ... En cambio corren noticias cuya misma inverosimilitud son tranquilizadoras para el pueblo. Alemania ha declarado la guerra a Italia, lo que es correr a su pérdida ; el kronprinz ha sido gravísimamente herido en Lieja ; Mulhouse ha sido tomada ; se teme por la razón del káiser. Y todo esto lo dice el brigadier del pelotón de cazadores franceses a caballo ...

Después reina una calma tal, que si de vez en cuando no se viesen entre los bosquecillos del puente de Laforêt la casaca azul y el pantalón rojo de un centinela francés, no se diría que cerca de un millón de hombres se está matando en estos momentos. La escuela de Loubet funciona, pero los niños se

muestran distraídos, agitados, nerviosos ...

Entretanto la guerra se acerca, los combates son cada vez más próximos, la aldea es cruzada por millares de soldados, caballería, cañones, y esto se repite casi diariamente hasta el 23 de agosto. Pero llegando a esta fecha dejo la palabra a Sire-Jacob, que va a pintarnos con vigor los trances de una familia de fugitivos.

*

Los pasajes de tropas son tan numerosos que ya no puedo contarlos. Es un zafarrancho de órdenes y contraórdenes, marchas y contramarchas. Esto da una impresión de incertidumbre y de incuria ...

Los heridos llegan en carros.

A las dos de la tarde, el 135° francés diezmado se repliega sobre Vresse. Ha permanecido bajo el fuego del cañón desde las cinco de la mañana. Segado por la artillería de los alemanes, tuvo que reemplazarlo el 77° que después de correr la misma suerte ha cedido su puesto al 90°. Dicen que los alemanes han sido detenidos en Bièvre (**Nota**), pero ¡ ay ! ¡ bien se ve que es la derrota!



¡ Qué lamentable desfile ! Los hombres rendidos de fatiga, sucios, negros de pólvora ; heridos en las filas ; un coronel tieso en su caballo, con la cara cubierta de vendas ensangrentadas ; una ametralladora arrastrada en una carretilla ; muchos soldados sin quepís, otro con el brazo en cabestrillo, algunos sin zapatos, sin armas.

Uno me habla. Tiene dos balas en el brazo y un casco de granada le ha destrozado el talón. Pero camina sobre la punta del pie.

Todos se muestran sombríos. Pretenden que se ha sacrificado su regimiento y que la artillería que aguardaban no llegó. No quedan muchos ...

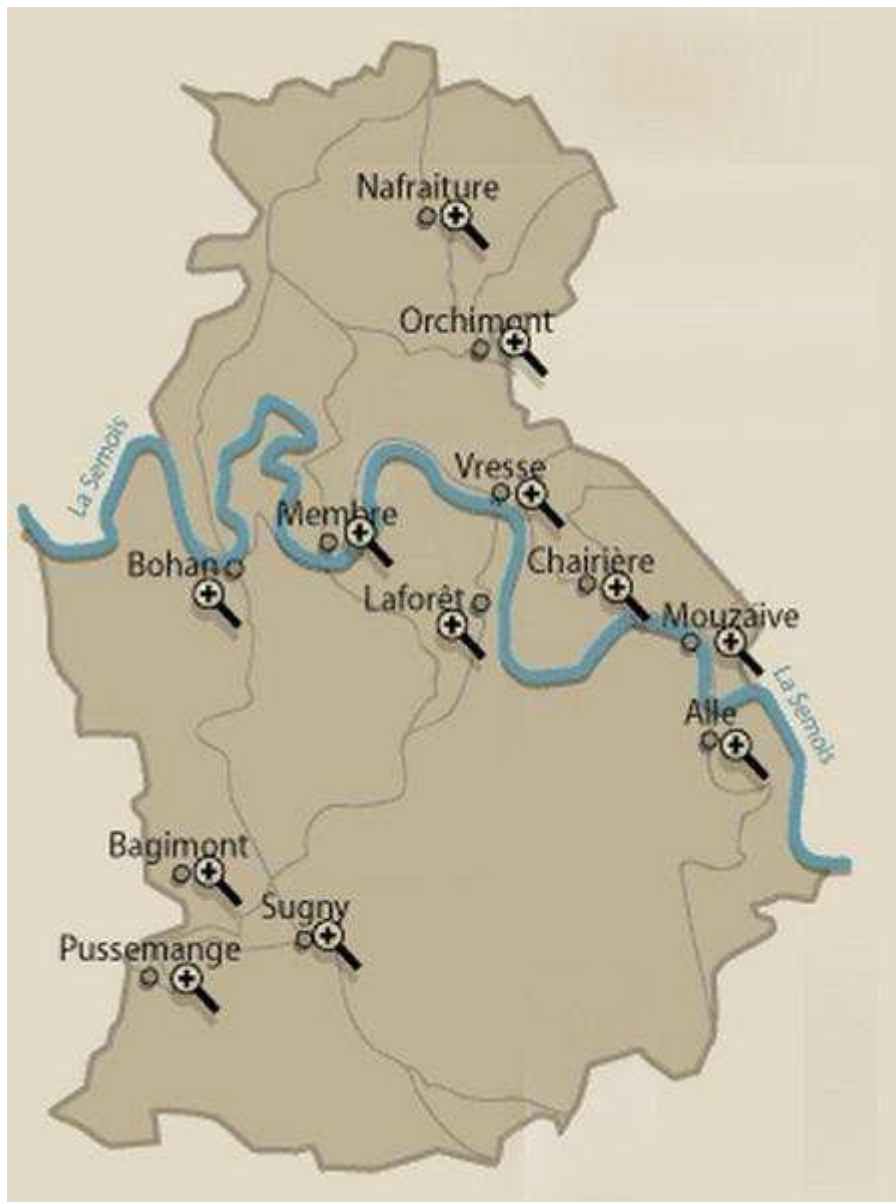
En efecto, la artillería que debía sostenerlos llega en este mismo instante por el puente de Laforêt, con ocho horas de retraso porque se había extraviado. Corre por la carretera de Membre.

Como la batalla se acerca pensamos en escapar.

El estado mayor que estaba en Houdremont se ha replegado sobre Vresse. Está en casa de Grandjean. Mientras no se retire podemos estar tranquilos ...

Cognant, Loubet y yo resolvemos que si se trata de huir, nos iremos a acampar algunos días en las gargantas de Rebey. Los Sergeant y los Charinval nos seguirán. Llevaremos provisiones para algunos días y viviremos en el bosque, y así estaremos al abrigo si pasan los alemanes.

Damos a la ambulancia cuantos medicamentos tenemos. Ayudo a sacar los bancos de la escuela para dejar sitio a los heridos que llegan en gran número. Algunos son enviados a Laforêt.



¡ Qué día ! Estamos rendidos de correr de aquí para allá, de pedir noticias a cuantos pasan y de discutir lo que hemos de hacer.

Los habitantes de Petit-Fays huyen.

Bièvre está ardiendo y se habla de nuevas atrocidades cometidas por esos bárbaros. (**Nota**)

El camino de Francia está inaccesible, completamente lleno de tropas en retirada. ¿ Dónde ir por ese lado ? Nuestra resolución de quedarnos en los alrededores parece la más sensata, ya que es

preciso abandonar la aldea.

Los franceses ocupan las alturas hacia Laforêt y han abierto trincheras detrás del puente, como para defenderlo. Vamos a quedar entre dos fuegos, y la aldea será bombardeada ...

A las cinco sabemos que se cañonea Petit-Fays y que Monceau-en-Ardenne arde. ¡ El estado mayor francés se marcha hacia Sugny !

Cognant carga la carretilla con víveres y mantas.

- *También llevo para ustedes* – nos dice.

Los Sergeant vienen a reunirse con nosotros, pero al subir al carro Cognant declara que va a llevarnos a Sugny.

Loubet, el maestro de escuela, se niega a ir de ese lado, yo también. Decimos que mañana tendremos que huir de Sugny, y que eso sería la historia de nunca acabar. Sacamos rápidamente nuestras valijas del carrito y nos volvemos a casa, Loubet, su familia, mi nieto Jorge, mi mujer y yo. Los Cognant se marchan con los Sergeant y sus primos ...

Se evacúan los heridos de la escuela ; uno de ellos morirá seguramente antes de llegar a Sugny. Los carros de heridos siguen pasando por la aldea.

Insisto para que nos mezclemos enseguida a fin de elegir campamento en el bosque antes de que cierre la noche, pero Loubet parece no querer y siempre encuentra pretexto para hacernos esperar.

La aldea está abandonada. Sólo queda en ella el carretero y Serafín.

Resolvemos, al cabo, irnos también pero ya es

bastante tarde para internarse en bosques tan sombríos.

Llevamos alguna ropa blanca, los medicamentos, zapatos herrados, un pan, cuchillos, un paquete de velas ... Loubet tiene algunas provisiones.

Pasamos el puente de Laforêt, tras del cual están emboscados algunos franceses. Sobre las alturas, a la derecha, brillan los cañones de los fusiles y las ametralladoras.

Pasado Laforêt encontramos al cura que huye también y luego a Dubruck y su hermana, cargados con sus ropas. La aldea está atestada de vehículos. Todo el mundo escapa. Cantidades de carros cargados de heridos con vendas ensangrentadas y quejándose lastimeramente obstruyen la carretera. Nos deslizamos entre ellos y las cabezas de los caballos, para no ver toda aquella sangre, pero no podemos dejar de oír sus gemidos y sus gritos de « ¡ Agua ! ¡ Agua ! ». Es horrible.

Por fin, huyendo de este espectáculo nos internamos en el bosque por la cuesta de Rabey. Ya es de noche. Reina un calor pesado. Estamos rendidos de fatiga y a lo lejos continúa el horrible acarreo de los heridos ...

A los dos kilómetros en el bosque, nos encontramos con vecinos de Laforêt y Petit-Fays, que acampan también. La noche está negra como boca de lobo.

Nos acostamos en la maleza, al borde de un

camino de leñadores. A lo lejos, hacia el norte y hacia el este, el cañoneo continúa, sacudiendo los nervios. Acostamos a nuestro nieto en su abrigo, con el pan por almohada. A lo largo del camino se vislumbran formas humanas tendidas.

¡ Es siniestro !

Mi mujer trata inútilmente de dormir en la espesura, yo también me acuesto sirviéndome de almohada la valija, pero no tardo en sentirme dolorido. Las mantas con que contábamos las tiene Cognant.

Por el bosque pasan ruidos siniestros. Graznan las lechuzas, y a cada crujido de las ramas me pongo en guardia de un salto. Me parece que andan a nuestro alrededor ... En el fondo del valle se oye pasos de caballos ... ¡ Qué angustia !

A las dos de la mañana, enfrente de nosotros, del otro lado de la cuesta, el importante pueblecito de Alle empieza a arder. Es una hoguera intensa, que hace estremecer. El cañoneo ha cesado.

Comenzamos a esperar que el enemigo haya sido rechazado y que podremos volvernos a Vresse, cuando en la aldea estallan descargas de fusilería y crepitaciones de ametralladoras.

Lentamente van pasando las horas de la noche. Hace frío. Tememos la lluvia y los uhlanos. Me paseo por el camino, en la oscuridad, fumando cigarrillos. Mi mujer se muestra de un valor extraordinario y alienta a los demás. La anciana madre de Loubet está tendida sobre una manta ...

Por fin, a las tres y media el cielo se aclara hacia el este ; a las cuatro es casi día, y distinguimos a los que han acampado con nosotros.

Algunos vecinos de Laforêt que se habían alejado del campamento al venir el día vuelven diciendo que las balas han silbado junto a sus cabezas. Loubet resuelve descender hacia el valle llevando a su anciana madre, y caminamos otros dos kilómetros antes de bajar. El cañoneo ha vuelto a empezar. Nos detenemos un momento para hacer café en un fuego que enciende Dubruck.

La anciana Loubet se desmaya de cansancio. Le doy a oler un poco de éter y vuelve en sí, pero temo mucho por su vida.

Pasa el tiempo. Estamos nerviosos a causa de semejante noche en blanco, y no queremos pasar otra igual, sobre todo por el niño. Mi mujer y yo resolvemos volver a Vresse y, en caso de que no sea posible entrar, seguir a pie hasta Sugny. Loubet toma sobre sus hombros a su madre moribunda y baja al fondo del valle donde otros vecinos han hecho fogatas. Así nos separamos, sin despedirnos siquiera ...

Comemos una galleta que nos había dado Mme. Loubet y nos encaminamos a Vresse ocultos en el bosque. Un avión alemán se cierne sobre la cuesta. Los franceses han desguarnecido las alturas, replegándose hacia Sugny. La aldea, vista desde lejos, parece tranquila. Es un cementerio.

Un oficial francés que encontramos en el camino

de Charleville y que se retira con sus tropas, cubriendo la retirada, nos dice que no vayamos a Vresse, donde ya anoche había uhlanos que han hecho fuego sobre ellos. Nos aconseja que tratemos de pasar a Francia.

Asimismo, a las 8 de la mañana abandonamos las alturas de Laforêt y seguimos la fila de soldados que se retiraba sobre Sugny. El sol nos conforta, pero tenemos hambre y vamos cargados de pesadas valijas. Mi mujer no flaquea, sin embargo. Los soldados nos dejan atrás. Estamos solos sobre la meseta ...

Bajo un calor tórrido recorremos el camino de Sugny, en el que reina una calma y un silencio de muerte.

Cerca de Sugny encontramos algunos zuavos y un fuerte parque de artillería, que parecen esperar a los alemanes. Irán a detenerlos.

Después de descansar varias veces en el camino llegamos por fin rendidos a Sugny. Mi nieto ha marchado como un hombre. En la comuna todo el mundo escapa. El estado mayor francés está ya en Pussemange. El hotel adonde vamos a comer no tiene ni un mendrugo ; ¡ se va a cerrar ! En todas partes sucede lo mismo : no hay una migaja ni una topa de cerveza, nada más que agua. Se nos aconseja que tiremos hasta Pussemange.

Salimos arrastrando las valijas bajo un sol ardiente, y llegamos a la una y media enfermos de fatiga. La gente del primer hotel en que entramos se va

a marchar. En el camino de Francia conseguimos que la patrona nos haga el poco de café que le queda, y en él mojamos los mendrugos de nuestro pan que está en un estado lastimoso. Mi nietecito suplica a la patrona que no se marche hasta mañana, para que hoy siquiera tengamos un lecho en que descansar. La mujer acaba por prepararnos un cuarto con dos camas. No podemos más. Jo (el nieto) resiste bien, sin embargo. Nos lavamos y vamos a tratar de descansar un rato, cuando se nos dice que los zuavos y la artillería van a pasar replegándose sobre Charleville ...

La gente del hotel se prepara a refugiarse en los bosques, pero nos hace saber que en Gespunsard (**Nota**), primera aldea francesa, hay un tren vecinal para Charleville. Un fugitivo nos comunica que el hotel Grandjean, de Vresse, está ardiendo.

Resolvemos huir hacia Charleville.

Rendidos, con las valijas a cuestas, volvemos a la carretera llena de sol. Son las cuatro, parece que el tren sale a las 4.38, y desgraciadamente tenemos que andar cuatro kilómetros. ¡ No lo alcanzaremos nunca !

No puedo más. Mi mujer me ayuda a llevar las valijas. Jo se encarga de los bastones, los paraguas y su abrigo. Los zuavos vienen detrás de nosotros. Se trata de no dejarnos pasar. ¡ Qué fuga ! No hemos de olvidarla en mucho tiempo ...

En la cantina de la estación de Gespunsard no hay más que agua.



www.delcampe.net

Fuera de la galleta de la mañana y el mendrugo de Pussemange no hemos probado bocado. Por suerte el tren sale a las 5.15. Sólo llega hasta Nouzon, ¡ pero no importa ! Siempre llevaremos eso adelantado.

Llegamos a Nouzon (**Nota**) a las 5.40.



Después de algunos fracasos, conseguimos alojarnos en una pequeña posada – el hotel Patinet – donde nos dan de comer. Enseguida nos acostamos, rendidos.

Hemos dado con excelentes personas, originarias de Bièvre, a quien a la mañana siguiente tenemos que

contar toda nuestra odisea y que nos confirman que ya no hay trenes para Charleville. Aquí tenemos la primera noticia de la ocupación de Bruselas por los alemanes ... Nos dice, además, que las alturas del Mosa, alrededor de Nouzon, están guarnecidas de franceses atrincherados.



¿ Vamos a caer de nuevo en plena batalla ? ¡ No ! Hay que huir a toda prisa.

Mientras nos preparan el desayuno corro a la comisaría en busca de un permiso para circular por el camino de Charleville, resuelto a que nos vayamos a pie, y apenas de regreso, nos sentamos a la mesa, cuando alguien grita desde la plaza de la municipalidad, frente a nuestro hotel :



- ¡ Los uhlanos ! ¡ Los uhlanos !

La gente corre. Nos precipitamos a la ventana y vemos en la plaza ocho húsares de la muerte, que

hablan con el alcalde ...

Resueltos a partir a pesar de todo, nos dirigimos hacia el paso del Mosa, porque el puente de Nouzon ha sido volado. Pero las balsas no funcionan ya.

Tenemos, pues, que tomar el camino de Aiglemont, pasando antes por la calle que ocupan los húsares. Nos dirigimos hacia la izquierda de los jinetes, que aguardan mientras que dos oficiales, pie a tierra, observan las alturas con sus anteojos.

De pronto ocúrresele a mi mujer preguntar a los prusianos lo que nos aconsejan hacer, y se dirige a un jinete, que la envía a los oficiales. Yo me he parado al otro lado del camino con Jo y las valijas.

Viendo que mi mujer parlamentaba largo rato con uno de los oficiales, dejo el equipaje a Jo, atravieso la calle y me acerco al otro. Este, un mocetón alto y fornido, me dice en bastante buen francés que no vayamos a Charleville porque la ciudad está llena de tropas francesas.

- *Vuélvase usted a Bélgica, es lo mejor* – añade.

- *¡ Pero allí nos espera el hambre !* – exclamo –.
Ustedes se han llevado todo.

- *Puede ser muy bien* – me contesta sonriendo –.
Pero, ¿ Qué quiere usted ! ¡ Así es la guerra !

Mi mujer les pide un salvoconducto para atravesar las líneas ; pero no pueden dárnoslo porque no está en sus atribuciones. El otro oficial, el más pequeño, aconseja a mi mujer que nos quedemos en Nouzon.

- *No haremos mucho aquí* – agregó textualmente –.
Sólo quemaremos una aldea.

En este mismo instante se oye ruido de los fusiles que se arman y gritos de soldados franceses que acuden. El más pequeño de los oficiales corre de un salto al caballo ; el más grande me rechaza de una puñada y corre también, pero no alcanza el suyo, y sigue a pie al piquete alemán que se escapa a rienda suelta.

Nos encontramos entre los franceses que tiran y los húsares que huyen.

- *¡ Escapa, querido !* – grita mi mujer a Jo.

- *¡ Por la callejuela !* – le grito a mi vez.

Y atravesamos el camino corriendo, en medio de una granizada de balas. Milagro es que no nos hayan muerto ...

Pero hay que recuperar las valijas, que han quedado en el camino, y salgo de la callejuela para ir a tomarlas, bajo el tiroteo, sin saber lo que hago ... Pero no me tocan, y por fin logramos refugiarnos en

la posada.

Un cuarto de hora después, vemos volver prisionero al oficial alemán que me había atropellado y que, por mi culpa, no pudo alcanzar a tiempo su caballo ...

Un húsar ha sido muerto.

El alcalde hace anunciar que hay que encerrarse en sus casas y no circular por las calles, pues los prusianos van a llegar en número.

Estamos bloqueados otra vez, y otra vez en medio de la batalla.

A eso de las diez llegan los prusianos, recibidos a tiros. Las ametralladoras disimuladas en las alturas del bosque hacen fuego sobre ellos. Es un momento de angustia.

Media hora después, el tiroteo se aleja hacia Aiglemont.

A las cinco de la tarde todo está tranquilo, y me atrevo a salir a la plaza. Dos cadáveres prusianos están tendidos en el camino de Neufmanil.

El comisario de policía huye de la comuna. Este hecho enloquece tanto más a la población, cuanto que el alcalde ha huído antes que él. Todo el mundo escapa.

A las siete de la mañana siguiente vemos en la plaza cinco húsares que han venido para enterrar sus muertos de ayer. Requisicionan hombres y un carro para llevárselos. Pero al examinarlos advierten que algún bribón ha robado los relojes y el dinero de los

cadáveres. (¡ Esto ha de costarnos caro !)

A las siete y media se van. Nos creemos definitivamente desembarazados de ellos, y almorzamos con las ventanas abiertas en el salón que da a la plaza, acompañados por la patrona, su hija y la abuela, que no quieren separarse de nosotros. En mitad del almuerzo, una bomba estalla sobre la municipalidad, a diez pasos del hotel. Damos un salto. A pesar de mis exhortaciones a la calma, todo el mundo corre al sótano, donde todos acabamos por agazaparnos. Apenas allí, nueva explosión espantosa. Los cristales vuelan hechos pedazos, y oímos que la metralla azota las paredes. Yo se echa a llorar y mi mujer lo toma en sus faldas. Me invade el desaliento, persuadido de que esta vez vamos a morir, y tengo que hacer un esfuerzo para no flaquear. Mme. Patinet llora también ...

Un tercer cañonazo incendia la municipalidad. Subo al granero de la posada, a riesgo de que me maten, para ver si arde también. Está todavía indemne ... El cuarto tiro hunde el techo de la municipalidad. El quinto es más espantoso todavía ...

Son las ocho y media de la mañana. Tenemos fiebre. Voy al primer piso a buscar el abrigo de mi mujer, que tiritita ; yo, por mi parte, estoy sudando ... El bombardeo cesa con el quinto tiro. Al pasar por el piso bajo, me acerco a las vidrieras para ver la plaza. La municipalidad arde, los cristales estallan ... Es el momento de huir para no ser quemados vivos ...

Nos refugiamos en la farmacia de M. Jacquemart, y allí sabemos que el general comandante de la columna prusiana ha enviado al alcalde un mensaje haciéndole saber que, a consecuencia de que los particulares habían hecho fuego sobre las tropas, y que sus muertos habían sido desvalijados, la ciudad iba a ser castigada, y que si tal volvía a suceder, se vería obligado a arrasarla. ¡ El alcalde adjunto que recibió el mensaje no había avisado a los vecinos ! ...

Sólo después de medio día los habitantes, tranquilizados, tratan de circunscribir el fuego con una bomba de mano, y lo consiguen a eso de las tres de la tarde.

*

Después de estas y otras muchas andanzas, los fugitivos logran volver a Vresse, deprimidos por la triste idea de que los franceses están en derrota, y no sin luchar con grandes dificultades. Encuentran su casita en un estado lastimoso, trastornada por los alemanes, que han estado pasando durante dos días y una noche. Allí se quedan, padeciendo toda clase de privaciones, continuamente requisicionados por las fuerzas enemigas, oyendo el cañón que truena sin cesar, hasta el 7 de octubre, en que aprovechan una coyuntura para marcharse a Bruselas por Dinant y Namur.

Pasan la noche en Gedinne, y a la mañana siguiente y a la madrugada siguiente salen en una diligencia de seis asientos, en la que también viajan

dos mujeres, madre e hija, y un muchacho, que va a Houx.

Esta desgraciada, que vivía en Houx, cerca de Dinant, era batelero del Mosa, había partido a pie con su hija, en busca de su hijo, que estaba en un barco cerca de Charleville. Llegado a esta ciudad y después de encontrar al muchacho, fueron empujados todos tres hasta Reims por los alemanes, y de allí, a fuerza de subterfugios y de privaciones, pudieron volver hasta Gedinne, caminando durante diez y siete días ... Volvían a Houx con la esperanza de que su casa no se hubiera quemado ... pero les esperaba un desconsuelo porque la linda aldea está casi completamente destruída.

Por otra parte, a lo largo del camino sólo encuentran ruinas.

En Anseremme el desastre es espantoso. Puede decirse que la localidad ha dejado de existir. El soberbio puente sobre el Mosa ha volado y los alemanes tratan de hacerlo accesible. De Anseremme a Dinant corren entre dos montones de escombros. Dinant es trágico (**Nota**). Todo ha sido quemado, aniquilado. El puente, la iglesia, el hotel de Postes, el hotel de La Tête d'Or, todas las tiendas de *couques* (masa especial de Dinant, de la que he hablado en otra ocasión ; **Nota**), forman un solo montón informe y calcinado, y sobre todo esto tremola el pabellón de Prusia.

Después de graves dificultades con los centinelas alemanas consiguen llegar, andando a lo

largo de la orilla izquierda del Mosa hasta Profondeville, dejando atrás los puentes volados por la defensa. En Jambes ha saltado un arco del puente y hay ciento cincuenta casas quemadas. Luego atraviesan el río en una balsa y van a pie hacia la estación en busca de alojamiento.

Allí nos interpela un *marollien* invitándonos pintorescamente a parar en el hotel que él mismo ha elegido. Es un cochero bruselense que desde hace tres semanas corre de Bruselas a Namur y viceversa, trayendo y llevando pasajeros.

A eso de las 8 del día siguiente salen de Namur, y el *marollien* toma la delantera con su break y diez pasajeros, asegurando que la diligencia podrá pasar así por todas partes.

Poco antes de Gemappes, en una encrucijada, un destacamento de uhlanos se precipita sobre nosotros al galope.

- *¡ Alto !* – grita el oficial.

Los dos carruajes se detienen, y el oficial nos pregunta dónde vamos.

- *A Namur* – contesta el *Brusseleer*.

El alemán se echa a reír, y no contento con su absurda respuesta, el *marollien* baja del pescante para exhibirlo al oficial, y cuando va a presentárselo, un asno que estaba en un campito cerca de nosotros comienza a rebuznar.

- *Ese es otro que nos quiere dar los buenos días* – nos dice el bruselense con su cómico acento.

El oficial vuelve a reír, y los uhlanos estallan en

carcajadas lo que aprovecha el cochero para volverse al pescante y emprender la marcha exclamando :

- *¡ Bueno, bueno ! ¡ Hasta la vista !*

Después de almorzar frugalmente en el camino, llegamos a Marbaix, donde se encuentra el puesto más difícil del viaje. Nuestro *brusseleer* exhibe su pasaporte diciendo que la diligencia es también suya y que la dirige su criado. A una observación del capitán, extrañado de que los pasajeros no tengamos pasaportes, el cochero replica :

- *¡ Qué quieres tú, señor ; si son tan tontos ... !*

El capitán no pestañea y viene a examinar nuestra diligencia y yo le presento el certificado que me diera el burgomaestre Grandjean. Se enfada, me dice que es preciso un pasaporte alemán, que la orden es formal, a lo que le respondo muy fresco que nadie me ha exigido tal cosa, ni en Dinant, ni en Namur, ni en ninguna parte.

- *La prueba está en que he llegado tranquilamente hasta aquí.*

El raciocinio le deja perplejo. Me mira con ojos escrutadores y sostengo serenamente su mirada. Luego registra nuestro equipaje, y por último dice :

- *¡ Vaya ! Pase por esta vez ...*

El *marollien* ofrece un cigarro al soldado que está más cerca, el capitán se aparta y echamos a correr de nuevo hacia Bruselas,"

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (37) », in LA NACION ; 23/04/1915.

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (38) », in LA NACION ; 24/04/1915.

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (39) », in LA NACION ; 25/04/1915.

Notas del traductor al francés :

<http://www.patrimoineculturel.org/index.php?page=villes-et-villages-martyrs>

Yvon BARBAZON, « *Réflexion sur la bataille de Bièvre du 23 août 1914* » in *Bulletin communal d'information* ; Bièvre ; mai 2014, page 15.

<http://www.bievre.be/medias/pdf/bulletin-cml/bievre67%20%281%29.pdf>

Vallées de l'Ardenne namuroise :

<http://www.ardenne-namuroise.be/fr/accueil.html?IDC=25808>

<http://www.vresse-sur-semois.be/loisirs/tourisme/nos-villages>

« *Lors de l'invasion allemande en 1914, 126 habitants de Monceau et Petit-Fays se sont enfuis sur des chariots, transportant enfants, malades et personnes âgées. Ils y restèrent plusieurs jours, le temps que des*

troupes de Uhlans quittent les villages. De leur cachette, ils ne pouvaient être inquiétés par les soldats du Kaiser qui se dirigeaient vers la France toute proche. »

Madame Alice Martin se souvient de ce qui s'est passé le 23 août 1914, à l'aube de la Première Guerre mondiale :

« Nous habitons le village de Monceau. Dès que l'on annonça l'arrivée imminente des envahisseurs dont on nous avait dit le plus grand mal, on nous a installés, nous les enfants, sur une charrette de M. Félicien Maldague. Son attelage, tiré par deux robustes chevaux ardennais, nous conduisit à la Roche Mouselle. Pendant ce temps, les combats avaient commencé. Le 25 août à Petit-Fays, position toujours tenue par l'armée française, deux officiers s'étaient arrêtés à l'Hôtel de la Vallée. Ils avaient attaché leurs montures à proximité de l'église toute proche. Soudain, les Allemands entreprirent de pilonner cette position. Un obus éclata près de l'édifice religieux. Terrorisés, les deux chevaux brisèrent leurs liens et s'enfuirent à travers la campagne. La vie s'était organisée à la Roche Mouselle. Pendant que l'on préparait le repas du soir, les 40 enfants jouaient devant la grotte. M. Maldague inquiet par le bruit des obus qui éclataient dans les villages tout proches, sortit de l'abri et nous ordonna de rentrer au plus vite pour réciter le chapelet. A peine le dernier bambin eut-il quitté le chariot, que les deux chevaux des officiers français s'écrasèrent sur l'attelage. Ils avaient couru à travers champs et bois

pour déboucher au-dessus de la Roche Moselle. Evidemment, l'invitation du mayeur à nous mettre à l'abri pour prier a été interprétée comme un signe du Ciel. Un miracle destiné à épargner les enfants qui jouaient là. Sans cela, c'est vrai, plusieurs d'entre nous auraient perdu la vie ...»

<http://www.bievre.be/page/petit-fays.html>

***VINGT-DEUXIEME RAPPORT
SUR LA VIOLATION DU DROIT DES GENS EN
BELGIQUE : Destructions et massacres dans
la province de Namur, pages 105-106 :***

« (...) Dans la province de Namur, indépendamment des villages de Romedenne, d'Onhaye, d'Anthée, de Sorinnes, auxquels fait allusion M. le Procureur du Roi de Dinant, des villes de Namur, de Tamines, d'Ardenne, de Dinant, des communes de Surice, d'Hastièrre-par-delà et d'Hermeton, dont s'occupe notre onzième rapport, de nombreux villages ou hameaux ont été presque totalement détruits.

Il en est ainsi d'Auvelais, de Spontin, Maurenne, Willersée, Villers-en-Fagne, Franchimont, Frasnes, Morville, Dourbes.

*Les localités suivantes sont, en outre, partiellement incendiées : **Monceau**, Louette-Saint-Pierre, Bourseigne-Neuve, **Bièvre**, Biesme, Silenrioux, Ermeton-sur-Biert, Stave, Oret, Mariembourg, Bonnines, Bouge, Waulsort, Arsimont et Saint-Gérard.*

Un nombre très important d'autres localités

comptent un chiffre parfois très élevé de maisons incendiées.

En dehors de quelques cas fort rares où l'incendie a été causé par des obus au cours des combats, tous ces sinistres sont criminels ; le feu a été mis volontairement avec intention de détruire.

Un grand nombre d'églises, dans le diocèse de Namur, ont été volontairement incendiées, notamment celles de Dinant (Notre-Dame), de Walcourt (Notre-Dame), de Spontin, de Saint-Nicolas (Dinant), de Saint-Pierre (Dinant), de Frasnès, de Porcheresse (Wellin), d'Ethe, de Surice, d'Évrehailles, de Romedenne, de Willersée.

Beaucoup de maisons presbytérales, avec leurs archives locales parfois si intéressantes, ont été détruites, notamment à Izel, Hermeton-sur-Meuse, Jamoigne, Hastière-par-delà, Ethe, Assenois, Dorinnes, Tintigny, Louette-Saint-Pierre, Aisemont, Villers-en-Fagne, Saint-Vincent, Biesme, Spontin, Framont, Jehonville, Houdemont, Willersée. »

Tarjeta postal de Gespunsard :

<http://www.delcampe.net/page/item/id,102225330,var,ELE-26-CPM-GESPUNSARD-CENTRE-VUE-AERIENNE-08,language,F.html>

Tarjetas postales de Nouzon(ville) :

<http://www.notrefamille.com/cartes-postales-photos/cartes-postales-photos-NOUZON--La-Gare--Vue-Interieure-08700-NOUZONVILLE-08-ardennes-364757-60814-detail.html>

Dinant en la obra de Roberto J. Payró :

PAYRO ; « *Visiones y lecturas (07) : Criollos en Bélgica. IV La Ruta de Dinant* », in LA NACION ; 15/11/1913.

PAYRO ; « *Dos representantes argentinos muertos en la guerra* », in LA NACION ; 17/11/1914. Puede consultarse en nuestro sitio :

<http://www.idesetautres.be/upload/19141020%20PAYRO%20DOS%20REPRESENTANTES%20ARGENTINOS%20MUERTOS%20EN%20LA%20GUERRA.pdf>